El Diario Vasco 26 junio 1960

118

EL ARTICULO DE LA SEMANA

LA DICTADURA DEL CINE

555

Por JOAQUIN CALVO SOTELO

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

EN sus postrimerías, después de vencer —lo confieso— cierta instintiva resistencia, he visto una película que dura cuatro horas. Como su longitud es desusada, he necesitado acoplar mis ocupaciones a las exigencias de tan insólita medida. Esa tarde, en mi casa —supongo que, de manera aproximada, en la de todos los espectadores—, las cosas se han desquiciado. En la disyuntiva de comer a las ocho o de madrugada, si bien mis hábitos bohemios me llevaban a preferir esta segunda fórmula, como había niños de por medio, he optado por la primera. Se ha comido, pues, casi con luz solar, porque los días han tomado su revancha de la angostura del invierno y tienen ya el tamaño de ciertas superproducciones. Naturalmente, previo al de hoy, en el de ayer, en el de anteayer no se habló sino de la película. Todo parecía disponerse como a un breve veraneo. Un paso más y se habrían entunicado los muebles. La vecindad se enteró, naturalmente. Confidencias del servicio, sin duda. —Los del quinto estuvieron en el estreno —me reveló el portero dejando entrever la admiración que les profesaba—. Los del bajo fueron el domingo por tercera vez. —Se diría que cada cual había cumplido el tácito precepto que les imponía la obligación de verla. Una especie de abstracta presión gravitaba sobre nosotros por no haberlo hecho aún, algo así como un estigma, que nos ponía en evidencia ante los ojos de los demás. —Ah, ¿pero no han ido todavía? Y nos miraban con una mezcla de asombro y desdén. Para "quitar el cuidado" —como contando cierta inefable anécdota, decía don Eugenio D'Ors—, decidimos ir. La empresa, ahora, no resultó difícil. Ya había desaparecido aquella larga cola que durante meses embufandaba el cine y en la que, como esas espumas del oleaje, se advertían, jalonándola, los revendedores, cuyos precios subían o bajaban como si se tratase de una bolsa minúscula, según la vitola del que se les acercaba, según que tardase poco o mucho para empezar el espectáculo. Era un lunes por la noche. Las noches de los lunes son tradicionalmente temidas del mundo de los empresarios. Se acusa la resaca física y económica de la fiesta cercana. Los lunes tienen algo de Miércoles de Ceniza. Las calles, si no peor iluminadas, sí, desde luego, parecen menos concurridas. Los serenos, saben mucho de eso. A pesar de ser lunes, había gente, ~~pero, de hecho, los últimos o casi los últimos~~. Nunca había visto tanta disciplina en los conciertos, en la ópera, en los teatros. Reinaba un cierto nerviosismo, una evidente expectación, y cuando la trompetería que acompañaba a los primeros fotogramas vibró en nuestros oídos, cesaron como por ensalmo las conversaciones, las toses y hasta el papel de seda de los caramelos dejó de ser arrugado y apelotonado por los golosos.

No importa nada que la película fuese buena o mala, que nos deslumbrase o nos aburriese con sus despliegues de masas —la masa como elemento cinematográfico tiene casi siempre un valor cuentativo, no estético— o nos hiciese sonreír con la ingenuidad de ciertas frases, de ciertas caracterizaciones, de ciertas escenas. ¡Ah, si Rambal hubiese tenido dólares...! Todo eso es adjetivo. Lo esencial es ver cómo el cine trata a sus devotos con el rigor y la inapelable autoridad de un dios mítico. Allí donde el teatro se encoge, incapaz de alterar por nada del mundo la norma establecida —ya en materia de precios, ya de horario, ya de extensión—, porque teme y con justicia ahuyentar su clientela, el cine, con esa insolencia que da la seguridad en sí mismo, impone su dictadura y desde su Sinaí privado, terminante e inapelable, nos marca su ley.

Puedo hacerlo. Apenas si conoce rebeldías ni deserciones. Está en su cenit o, por lo menos, si declinante, es aún casi todopoderoso. La televisión le amenaza, cierto, pero aún, entre nosotros, de una manera un tanto remota. Suoraye mos, pues, la victoria de la imagen sobre la palabra. El 10 a 1 con que el tanteador marca las diferencias entre una y otra. Cuando se quiera decir, si se pretende su difusión, el que cale a lo largo y a lo ancho, debe emplear el idioma de la imagen y no ningún otro. A la vieja fórmula publicitaria de "Dígalo con flores", esta otra de "Dígalo con imágenes" la sustituye.

Los ~~estudios~~ censores temen al cine, como a las armas atómicas, y lo limitan con mil prevenciones. Suelto, en libertad, sería temible. Jamás maquinaria de semejante poder conoció el hombre. Seis, siete kilómetros de celuloide bastarían para corromper una generación, para llevarla a las barricadas. La última revolución la provocó el teatro en 1820. El estreno de una ópera de Auber y Scribe, "Muta di portici", que tiene por fondo el levantamiento napolitano de Masaniello contra Felipe IV, prendió en el auditorio y trascendió de la sala a la calle. Bélgica debe su libertad a un final de acto e indirectamente —lo que son las cosas— a un monarca español. Fué el último éxito teatral de fuste. Los que vinimos después hemos debido contentarnos con las migajas. Aún, sin embargo, "El acorazado Potemkin" es como una Marsellesa o una Internacional en blanco y negro, y provoca tempestades donde se proyecta. A quien quiera hacer una revolución, yo le aconsejo —es consejo de amigo— servirse más del cine que del teatro.

Varias veces se ha intentado una rectificación de costumbres, lo cual supone, también, una revolución aunque doméstica. De una de ellas —reciente la postguerra— fuimos todos testigos. Tratábase de almorzar antes y, como es lógico, de comer antes. No prospero. Solo una consecuencia trajo aquello: si antes se almorzaba a las dos, la gente empezó a hacerlo a las dos y media. El tiro por la culata, sí señor, ¿a qué andamos con disimulos? El error consistió en haber hecho girar aquella revolución interior sobre el gozne de los alimentos y no de los espectáculos, de los restoranes y no de los cines. El español puede quedarse sin comer, si llega el caso, no sin cine; sin su ración de pan, no de imágenes. Con que se hubiesen hecho comenzar a las nueve las últimas sesiones, ya nos hubiéramos preocupado todos de arreglar los restantes quehaceres del día de manera que llegásemos libres a ellas.

Vaya, pues, a los hombres del cine, en sus diversas ramas, desde los productores a los guionistas, mi más sincera felicitación. Administran una feligresía inmensa, fervorosa y disciplinada. Las frecuentes decepciones y flagelaciones de que la hacen objeto apenas si mellan su entusiasmo. El cine, opio universal, emborracha, narcotiza, enardece como una droga sin par. Sólo hay otra que le iguale, quizá que le supere, el fútbol. Entre esas dos pasiones multitudinarias, el teatro es como un pigmeo, encogido y asustadizo. Cuando lo amamos apasionadamente y creemos en su belleza inmarcesible, nos morimos de celos viendo cómo la multitud —hembra indominable— se va del brazo de esos dos jóvenes donjuanescos, que son el cine y el deporte.

(De "La Vanguardia Española")

12n

tos

ojo